

la paz y del olvido. Es preciso agitarse, luchar, pensar mucho, sentir intensamente, tomar parte en la elaboración de la grandiosa época que hemos de legar á nuestros nietos. Una fuerza gigante nos impele; es imposible entregarnos al reposo; los partes telégraficos circulan sin interrupción; la prensa arroja continuamente sus indelebles signos; los trenes silban; las máquinas gruñen; caen imperios que estaban sostenidos por muchos siglos; las ideas cruzan como poderosos rayos; la indecisión se agita en los pensamientos; la sangre está en continua ebullición; el humo de una batalla sucede á un gran acontecimiento artístico; la ciencia analiza hasta las fibras del aire; hoy se señalan los límites á una nación, y mañana se borran; todo trabaja, todo: el brazo, el pensamiento, la mano, el corazón, el vicio, la virtud; entre nubes repugnantes vagan destellos sublimes; todo está confundido, todo corre vertiginosamente; es la época de la gran metamorfosis.

Luchemos pues; ya que no es posible evitar el combate, combatamos con denuedo y con entusiasmo, y procuremos, cada cual en su esfera, en la Cámara, en la Academia, en la Cátedra, en el taller, en la prensa, procuremos sin cesar, que el mal sea imposible, y el bien, inevitable.

EL DOCTOR PÉSIMO.

\*\*

MUCHAS veces me complazco  
delante una calavera,  
en fingírmela vestida  
con formas de mujer bella.  
Y digo: «Aquí, en estos huecos  
brillaron miradas tiernas,  
aquí una frente ostentaba  
su magestad mas que regia,  
aquí los labios salían  
como si besos pidieran,  
aquí mejillas rosadas  
mostraban la primavera,  
y caían suavemente  
tras las mejillas las trenzas.  
Aquí, en fin, la ardiente vida  
palpitó, de gracia llena.»

Y así también me complazco  
al ver una mujer bella  
en fingírmela desnuda  
de sus galas placenteras;  
y veo tras de los ojos  
que vierten miradas tiernas,  
y veo tras de los labios  
que aun sin besar ya besan,

y veo tras de la frente  
y la hermosa cabellera,  
y tras las rojas mejillas  
y tras la ardiente belleza  
y tras la vida que late  
con amorosa vehemencia,  
veo la pobre, la inerte,  
la desnuda calavera.

NOMEN.

## EL MUNDO

CADA uno lleva un mundo en su corazón: lo mismo el joven que el viejo; y este mundo es unas veces «mañana» y otras veces «ayer.»

Hay un momento en que se dobla la vida como una esquina, y entonces dejamos la calle de las esperanzas y tomamos la calle de los recuerdos.

Es decir que la vida se acaba antes que el hombre; así que consumimos la última esperanza volvemos atrás, solamente que desandamos el camino por otra calle.

Eche cada uno la sonda de su curiosidad en el profundo mar de sí mismo y se encontrará con un abismo que no tiene medida.

Y sin embargo, el hombre es una casa tan estrecha que apenas cabe dentro de sí; la vida exterior es tan espaciosa, tan rica, tan bella, que no hay más remedio que echarse á la calle ó pasar el día asomados á los balcones de nuestros ojos.

El mundo se tiende á nuestros piés como un esclavo, y se abre á nuestras miradas como un panorama interminable; sus atractivos nos deslumbran y su loca alegría nos arrastra.

¿Habeis visto un diamante? pues bien, detrás de las aguas de luz con que se viste, no hay más que un poco de tierra cocida.

La luciérnaga es una luz pálida y limpia detrás de la que se oculta siempre un gusano.

Vosotras, bellas criaturas que pasais la vida asomadas á la ventana de vuestros encantos; que todo lo mirais desde la altura de vuestros adornos; que ahogais sobre las alfombras el ruido de vuestros pasos, como si quisierais ocultarle al tiempo que vais andando por la vida; que teneis por templo el tocador, por altar un espejo, por divinidad vuestra propia hermosura; vosotras sabeis lo que es el mundo.

No sois la perla escondida; sois la perla engastada.

No hay una escalera suntuosa que no lleve hasta vuestros piés su último peldaño y os diga: «subid;» no hay una joyería que no salga al paso de vuestras miradas y no os diga: «tomad; no hay aparador que no se cubra diariamente con todos

los caprichos de la moda para deciros al pasar : « todo esto es vuestro. »

Pasáis por la tierra dejando un rastro de perlas, de encages y de seda.

Parece que los vínculos que os unen á la vida no son más que esos lazos con que trenzais vuestros cabellos, ceñís vuestras cinturas ó sujetais los abundantes pliegues de vuestros vestidos.

Teneis la dulce palidez de vuestros semblantes encerrada en un vaso de cristal ó de china primorosamente fabricado, y guardais el suave carmín con que el pudor tiñe las megillas de vuestra juventud interminable en el fondo perfumado de un precioso tarro de porcelana.

Todo lo sabeis; sabeis mirar, sabeis sonreír, sabeis brillar.

Vivís prendidas á la vida como un adorno.

Si la inocencia fuera de encaje, la modestia de raso, la honestidad de oro, y la virtud de brillantes, seríais un verdadero tesoro de inocencia, de modestia, de honestidad y de virtud.

Vosotras habeis ensanchado interminablemente los horizontes de la vida rodeándoos de espejos; al fin del camino que seguís está siempre vuestra imagen, teneis constantemente delante de los ojos una bella perspectiva: vosotras mismas.

Vuestra propia hermosura os sale continuamente al paso para sonreiros con toda la gracia de la vanidad satisfecha.

Os conoceis con esa seguridad que da el trato íntimo y contínuo; sabeis perfectamente qué color anima más vuestros semblantes, qué rizo se destaca mejor sobre el alabastro de vuestras frentes, qué adorno es el que dobla la gracia de vuestras movibles cabezas y hace más brillantes vuestros cabellos castaños, negros ó rubios.

Sabeis cuál es la sonrisa más graciosa, la mirada más interesante, el ademán más distinguido.

Poseeis el gran secreto del mundo: teneis la gran intuición de una gran filosofía: sabeis lo que os conviene descubrir y lo que os conviene ocultar.

Sumais vuestros encantos como un avaro sus monedas: tapais vuestras imperfecciones como un hipócrita oculta sus vicios.

Unos dientes hermosos bastan para vuestra alegría; os sonreireis hasta con las lágrimas en los ojos, y si la tristeza os hermosea sereis capaces de estar eternamente tristes.

Aplicais el llanto y la risa á vuestra belleza como dos cosméticos encargados especialmente de realizar vuestra hermosura.

Vuestras madres temen, vuestros esposos desconfían, vuestros hijos dudan.

Habeis hecho de vosotras mismas un peligro constante á vuestra honestidad, un escollo contínuo á vuestra virtud, y un recelo permanente pa-

ra los que os estiman, para los que os respetan, para los que os aman.

Marchais delante como los estandartes de esta procesión magestuosa; la turba os empuja y os admira, la murmuración os sigue, la envidia os expía y la lisonja os muerde.

Cruzais las calles y la multitud os abre paso; todos los ojos os miran y todas las bocas os insultan; dejais en pos de vuestro paso un murmullo de equívocos, una nube de insolentes miradas: las flores que os arrojan al semblante llevan siempre una espina que va derecha á clavarse en vuestro decoro.

Vosotras no lo advertireis, pero cada requiebro es un desprecio: gozais en que os humillen; si os admiran, ¿qué importa que os insulten?

Hay mujeres que van por la calle con la cabeza alta, la mirada serena y el aire ufano, que dicen á todo el que se encuentran: « por aquí van mis vicios. »

Hay otras que atraviesan las calles con la cabeza erguida, la mirada desdeñosa y el aire satisfecho, que van diciendo: « por aquí voy yo. »

Vosotras no sois las primeras; pero ¿qué fácilmente podeis llegar á serlo!

¿Y qué sois? una mentira engalanada con los adornos de la verdad; una triste alegría, un sofisma como el de la belleza, una paradoja como la del placer, un brillo como el de la ciencia, una ilusión como la del dinero: pura perspectiva.

Sois la percha donde el lujo cuelga sus fugitivas invenciones, el aparador donde el comerciante muestra sus telas, joyeros donde Pizzala expone sus alhajas.

Vuestras cabezas son los moldes de vuestros peluqueros, vuestros talles el *patron* de vuestras modistas, búcaros donde las floristas muestran al público los frios artificios de sus rosas de linón, de sus claveles de terciopelo, de sus hojas de tafetán, de sus ramos de seda y alambre.

¿Qué sois? Vasos de barro frágil desde donde el perfumista anuncia al público que aspira vuestra belleza, las mas delicadas combinaciones de sus esquisitas esencias.

Sois el lujo; esto es, la gran mentira de la civilización, la gran miseria de nuestros tiempos.

No sois hijas, no sois esposas, no sois madres; no sois más que bellas, jóvenes y elegantes.

Pensais en el aderezo de ayer, soñais con el vestido de mañana.

El reloj de jaspe y de oro que late apresuradamente sobre el mármol de la chimenea de vuestro tocador, como si le faltara tiempo para vivir, os está gritando á cada momento: « Al teatro, al baile, al coche, al salón. »

El amor es la gran pasión de vuestra alma: ese amor íntimo, profundo, que nos encadena á nos-

otros mismos, que dura toda la vida: el amor propio.

¿Qué buscáis en la sociedad? La admiración. ¿Qué encontráis en la familia? ¡Ah! los hijos molestan, los maridos fastidian, las madres ya son antiguas.

Teneis pudor, cierto; ese pudor que os hace ocultar todo lo que os afea.

Admirable mujer esa: estaba dispensada de todo pudor, porque no tenía ninguna imperfección que tapar.

Vosotras teneis también profundos dolores: la primera cana, y la primera arruga os cuestan muchas tristezas.

Las demás penas de la vida las llorais con lágrimas de oro.

Sobre el cadáver de vuestro hermano, de vuestro padre ó de vuestro hijo, echais el suntuoso llanto de un magnífico entierro y enjugáis vuestras lágrimas con el soberbio sudario en que habeis envolver sus restos.

¡Qué dolor tan elegante! ¡qué pena de tan buen gusto! Y si el luto os cae bien ¡qué consuelo!

Morís, preciso es confesarlo, como las flores, dejando en pos de vuestro camino un mundo de hojas marchitas: vuestro guarda-ropa esparcido sobre la tierra.

Dejais el recuerdo de vuestros ricos vestidos, la memoria de vuestras últimas joyas, la imagen vaporosa de vuestra esquisita elegancia.

Este es el mundo.

Vosotras lo habeis encerrado en el estrecho recinto de cuatro tablas: llamais *mundo*, con perfecta exactitud, á ese inmenso baul que llevais siempre á la espalda en vuestra brillante peregrinación sobre la tierra. Dentro llevais vuestro corazón.

Abrámosle.

—¿Qué hay en él!

—Todo; seda, oro, diamantes.

—Nada; cuatro adornos, cuatro piedras y cuatro trapos.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿Y ese es el mundo?

—Ese.

JOSÉ SELGAS.

## IDIILIO

Luz de luna;  
Lni un rumor;  
fresco y verde  
pabellón,  
y allí solos  
ella y yo.

Yo le dije: «Si abejas y flores  
de la miel los artifices son,  
para hacerla sabrosa nosotros  
nada falta, bastamos los dos.

Pues son, encendidas  
en fuego de amor,  
mi boca la abeja,  
tu boca la flor.»

VENTURA RUIZ AGUILERA.

## SIN RECOMPENSA

### I

SEÑORITO, por el amor de Dios compadézcase SV. de la aflictiva situación de este pobre hombre, á quien la desgracia.... Vava V. con Dios! Que Dios le aumente la caridad! Que... Caballero, por... Viento deben ser sus piernas por lo aprisa que marcha... Señorita, sin albergue y sin pan para mis hijos me hallaré esta noche si las almas compasivas no me socorren. No hagais con vuestra negativa mas leña de este tronco carcomido al cual los hombres... Gracias, señorita. ¡Que la reina de los cielos os conserve este hermoso rostro, hermano de vuestro corazón, nido de buenos sentimientos.... Y vos, señora.... y V. caballero.... Buenos dias Doña Josefa. ¡Cuán buena es V! Que Dios le multiplique la caridad y... Esa es la mejor parroquiana que tengo.

—Como conocísteis á esa señora? tío Roque.

—Acabado el servicio me encontré con mi patria que me abandonaba y con un brazo menos, del cual se enamoraron sucesivamente una bala enemiga, un cuchillo de hospital y un sepulture-ro. Me importaba tanto un pueblo como otro y me quedé aquí. Los pórticos de la plaza me guardieron de la lluvia y las gradas del templo me sirvieron de sitial mientras sentado esperaba que alguna alma compasiva.... Señora, no habrá una limosna para.... Gracias y que se lo pague... Caballero, una.... Otra vez seré más afortunado. Como os decía....

—Y cuántos años han transcurrido, desde que por primera vez empezasteis á recoger limosnas?

—Muchos años, tía Ramona. Entonces me apuntaba el bozo y hoy hasta las canas me abandonan. Murieron mis padres en edad temprana y se encargó de mi educación un sacerdote, pariente muy lejano. Adquirí allí conocimientos algo superficiales. Un dia, cansado de tanto latín, de tanto castigo y de tanta privación, vino á mis mientes la idea de la fuga. La puse en planta y... poco tiempo después me arrepentí, pero no retrocedí. Me quedaba un camino único y lo aproveché. Entre mi pariente capellán y el servicio no